

LA SOLEDAD DE LOS CISNES

Juan Serrano Cazorla

1ª Edición Digital. Enero de 2015

Copyright © Juan Serrano Cazorla, 2015

<http://www.juanserranocazorla.com>

Diseño de la portada: Juan Serrano Cazorla

Copyright © De la ilustración de la portada: SSilver/ThuTheLens-Fotolia.com

Colección JSC

ISBN: 978-84-617-3867-0

Smashwords Edition. License notes

This book is licensed for your personal enjoyment only. This ebook may not be resold or given away to other people. If you would like to share this book with another person, please purchase an additional copy for each person. If you're reading this book and did not purchase it, or it was not purchased for your use only, then please return to Smashwords.com and purchase your own copy. Thank you for respecting the hard work of this author.

La copia de este libro es exclusivamente para su uso personal. Esta copia no debe ser revendida ni entregada a otras personas. Si usted desea compartir este libro electrónico con otras personas compre, por favor, una copia adicional para cada una de ellas. Si usted está leyendo este libro a pesar de no haberlo comprado, entonces diríjase a Smashwords.com y adquiera su propia copia. Gracias por respetar el duro trabajo de este autor.

Tabla de contenidos

[Copyright](#)

[Prólogo del autor](#)

[Primera parte](#)

[Segunda parte](#)

[Tercera parte](#)

[Nota sobre el autor](#)

[Otras obras del autor](#)

A mi padre, tan distinto al de antes, pero el de siempre.

Prólogo del autor

Escribí *La soledad de los cisnes* a los veintidós años, cuando todavía estaba en la universidad y los días eran ocres y anodinos. Por entonces ya había leído a Proust, cuya obra magna, *En busca del tiempo perdido*, me parecía la cima de la literatura universal. Tenía el propósito, pues, de escribir una novela que, estilísticamente, emulase el modelo *proustiano* que tanto me había impresionado. De modo que la arquitectura de mi novela *La otra vida* comenzó a fraguarse con lentitud. Sin embargo, era consciente de que el proyecto literario que tenía en mente resultaba demasiado ambicioso y complejo y de que, por tanto, probablemente aún no estaba preparado para acometerlo con éxito. Por esta razón decidí postergar la redacción de *La otra vida* (sobre la que estaría reflexionando a lo largo de un lustro) y afrontar la de una novela breve que me serviría para ensayar el tono y el estilo de la que sería su hermana mayor. Así pues, puede considerarse que *La soledad de los cisnes* es el embrión de *La otra vida*; o, para ser más exacto, el laboratorio de pruebas en el que esta última se gestó. Inevitablemente, ambas comparten protagonista: en la *nouvelle*, éste es todavía un niño; en la novela, ya se ha adentrado en la adolescencia.

El tiempo, inexorable, nos proporciona a los escritores la capacidad de percibir nuestras obras como algo ajeno, como algo desligado de nosotros mismos. Así, desde la distancia, desde el extrañamiento que produce, me sorprenden sobremanera la madurez, intensidad y crudeza de un texto escrito por una persona tan joven. *La soledad de los cisnes* golpea con dureza y hierde en lo más hondo.

Aunque no se trata de un libro autobiográfico, sin duda en esta novela se plasma un estado de ánimo, el de aquellos días anodinos a los que todavía hoy puedo regresar y respirar en ellos la agonía del mundo.

Hay libros oscuros que permanecen ocultos durante mucho tiempo, hasta que la luz los hierde.

Juan Serrano Cazorla
Barcelona, 20 de diciembre de 2014

PRIMERA PARTE

Cuando el reloj de la mesita de noche entonaba su armónica melodía, la oscuridad, la humedad y el silencio recibían el parsimonioso despertar de mis sentidos en aquellas mañanas de invierno. Una brisa de realidad se introducía en mis oídos y me susurraba un sugerente mensaje que, llegado a mi cerebro, ponía en marcha la orden que, desentumeciendo mis miembros y desperezando todos mis sentidos, se encargaba de que mi cuerpo abandonara el estado de letargo. Se abrían entonces mis ojos, se arqueaban mis brazos y, si bien en primera instancia me topaba con una oscuridad idéntica a la de mis sueños, inmediatamente después mis manos descubrían, en la textura de las sábanas, en sus pliegues, una sensación que no tenía cabida en el mundo onírico. Cobraba entonces conciencia de mi situación, de la disposición de mi cuerpo, de la inminente llegada de un nuevo día; e intuía –porque mi vida era cíclica y repetitiva– la dirección que tomaría el día que se avecinaba, cómo de sinuosas serían sus curvas, cómo de peligrosos serían sus meandros. A continuación acudían a mi memoria –ese espejo de lo real y lo irreal– el frágil e inconexo argumento de mi último sueño –aquel que la llamada de la realidad había despedazado cuando alcanzaba su cénit–, la volátil consistencia de los personajes que lo habitaban, el pulso tembloroso de los escenarios en los que transcurría la acción; y, ante aquellas imágenes difuminadas, yo sentía nostalgia de mi sueño, aversión hacia la cruel realidad que me esperaba; así que intentaba volver a él cerrando los ojos y aminorando el ritmo de mi respiración; lo llamaba a voces –voces interiores–: «¡Vuelve; por favor, vuelve!»; y, viendo que no acudía, que no se plegaba a mis súplicas, trataba yo de recuperarlo con los recursos de la imaginación: bosquejaba algunas imágenes, las coloreaba, indagaba en su forma pasada y las dotaba de los matices que, en un principio, no les había incorporado; y, acto seguido, las repetía y las intensificaba hasta que me invadía el tedio; porque una vez que se había apagado mi sueño, me resultaba imposible retornarle el preciado don de la vida, con lo que yo, derrotado, extenuado, ya melancólico, volvía a abrir los ojos y a enfrentarme a la terca oscuridad de mi habitación.

Una oscuridad a la que, por otra parte, no temía. No, no temía el carácter indefinido que le confería a los rasgos del entorno; ni temía, asimismo, lo que pudiera ocultarme, porque mi memoria conservaba la ubicación exacta de todos los muebles, de todos los libros, de todos los juguetes; es más, yo sabía que ninguno de los acorazados guerreros de plástico que tenía amontonados en el interior de una caja de cartón se atrevería a esgrimir su espada contra mí respaldado por el poder mágico y maléfico de las tinieblas. Tampoco temía la posibilidad de que el *Hombre del Saco* irrumpiera, sigilosa y repentinamente, en mi cuarto, pero no porque por entonces dudara de su existencia, sino más bien porque lo creía incapaz, por un lado, de descerrajar las tres cerraduras que sellaban la puerta de mi casa; y, por otro, de encaramarse –con un saco lleno de niños– al balcón de un séptimo piso. Así que aunque yo había aprendido, por enseñanzas ajenas, a atribuirle a la oscuridad una condición diabólica, no me arredraba su presencia porque era mi cama una trinchera en la que podía resguardarme; y, mi madre –que solía estar durmiendo en la habitación contigua o trabajando en el salón–, una centinela que velaba por mi seguridad. Además, reservado para aquellos momentos de debilidad en los que me sentía de veras amenazado, tenía un talismán que me inmunizaba contra la noche y sus sicarios: el interruptor de la luz. Me sentía, en fin, protegido de esos temores que, en edades tempranas, nos inculcan nuestros mayores y, en cierto modo, nuestra propia credulidad; protegido por la concha indestructible del seno familiar.

Permanecía, en fin, después de ver fallido el intento de resucitar el último de mis sueños, acurrucado en mi lecho un largo rato, permitiendo que esa inofensiva oscuridad de la que antes hablaba me tiñera de hollín la mejilla que no descansaba sobre la

almohada. Olisqueaba el borde de las sábanas, pellizcaba los descosidos de la colcha y arañaba los cantos romos del respaldo de madera. De esta forma, me creaba una burbuja intemporal en la que solo existíamos mi soledad, mis fantasías y yo. Fantasías que, por lo general, solían dibujar el entorno de trabajo de mi padre: la primera imagen que se me representaba siempre, invariable, como una recalcitrante obsesión, era la de un mar embravecido, encrespado, incendiado de espuma blanca; un mar pletórico de corrientes y remolinos traicioneros, de fondos abisales y enigmas inexpugnables, de criaturas tan horribles como las que imaginara Julio Verne en *Veinte mil leguas de viaje submarino* (la versión cinematográfica de esta novela, junto a la de *Moby Dick*, alimentaron en mí una idea distorsionada de los mares y océanos. No obstante, con el tiempo descubriría que el Mediterráneo en el que mi padre se desenvolvía era mucho más benigno de lo que yo, obnubilado por estas ficciones, me imaginaba). La segunda imagen se nutría de las sacudidas que sufría el casco del pesquero que tenía a mi progenitor, entre otros, como tripulante: se me aparecían, la proa y la popa del navío, como los extremos de esos balancines metálicos que hay en los parques que, impulsados por las piernas de un par de chiquillos –en este caso el ímpetu bravío de un mar ensortijado–, se ven sometidos a un movimiento rítmico y oscilante. La tercera imagen la conformaban la totalidad de los pescadores –algunos de cuyos rostros me resultaban familiares–, que trataban de contrarrestar, gracias a la experiencia que el mar había tallado en sus pieles, las embestidas que el casco del barco recibía, achicando algunos el agua que se colaba en la cubierta, procurando otros que el pesquero no se desestabilizara, que el estoque de proa siguiera hendiendo las aguas con rumbo fijo. La cuarta imagen aislaba el rostro de mi padre: un rostro severo, indiferente, constreñido, en el que se confundían sudor y salitre, bravura y desaliento, iniciativa y cansancio. La quinta imagen se constituía, definitivamente, en una amalgama de planos, en una fusión de las imágenes ya descritas, configurando, así, un hermoso tapiz heroico que solo una imaginación privilegiada puede representar en todo su esplendor y variedad de matices.

Aquella versión tremendista, a veces trágica, del oficio de mi padre, la erigía yo aquellas mañanas en las que, predispuesto por las desventuras que me habían sacudido el día anterior o, sobre todo, por el empeoramiento de la meteorología, me despertaba con cierto ánimo de pesimismo. En las mañanas en las que, por el contrario, me despertaba vigorizado por el optimismo –ya fuera debido a algún logro que hubiera alcanzado en el día precedente o a la ausencia de tormentas y fuertes vientos durante toda la semana– moldeaba imágenes más acordes con la docilidad del Mediterráneo; imágenes que me mostraban al pesquero faenando en los caladeros habituales y, a mi padre, con un rostro plácido, enérgico y relajado, en el que seguían confundándose sudor y salitre, estirando de aquellas redes en las que se retorció y se revolcaba el cardumen de sardina o recuperando aquellas otras que menoscababan las arcas del *Gran Azul* de su provisión de jureles. En cualquier caso, siempre latía en mí el deseo de ver regresar a mi padre sano y salvo; el deseo de oír repicar el timbre de casa en la mañana del domingo y de volver a escuchar, a continuación, su voz ronca por el interfono.

Por lo general, tras regodearme en la nostalgia que me producía la separación del cuerpo físico de mi padre, propiciada por la interposición de esa franja turquesa que tantas satisfacciones me daría en años venideros, me abandonaba a otras representaciones eidéticas que mi imaginación, como si de un globo hinchado se tratase, dejaba escapar, ininterrumpidamente, por su pitorro; y lo hacía con el desaconsejable propósito de posponer, durante el mayor periodo de tiempo posible, el instante en el que yo tendría que abandonar, para incorporarme al mundo de los vivos, mi guarida de sábanas blancas. Mientras tanto, creaba mundos bucólicos, con su flora silvestre y sus pastores; mundos legendarios, con sus princesas y sus castillos; mundos subacuáticos,

con sus pulpos gigantes y sus grutas oscuras; mundos prehistóricos, con sus cavernícolas y sus dinosaurios. Mundos, todos ellos, en los que no me habría importado quedarme a vivir si mis padres, a los que yo quería con locura, me hubieran acompañado en la mudanza. Pero, desgraciadamente, sabía que eso no era posible (no que yo fuera capaz de vivir para siempre en un mundo imaginario, sino que mis padres quisieran abandonar el suyo, el de sus ataduras, para permanecer a mi lado durante el resto de sus días).

Me hallaba, como venía diciendo, enajenado del orbe despiadado de la realidad, alternando el recuerdo de mi progenitor con la elaboración de mundos imaginarios, cuando, de repente, una enérgica sacudida, acompañada por una voz melosa pero autoritaria, me despertaba del todo: «¡Marcos, hijo, levántate ya, que vas a llegar tarde al colegio!». Yo abría los ojos para no volver a cerrarlos. Sobresaltado, el pulso de mi corazón acelerando prestamente, alzaba la mirada y me topaba con la expresión sonriente de mi madre, que se me aparecía mezclada con otra que, sin llegar a lograrlo, pretendía aparentar severidad. Entonces, como ella se daba cuenta de la brusquedad con la que me había devuelto a ese orbe donde el tiempo no transcurre en balde y, asimismo, de lo desorientado que yo me encontraba, me acariciaba el pelo y me restregaba, con sus pulgares, las legañas que se habían aposentado en las comisuras de mis párpados; seguidamente me besaba la frente y, cuando me veía recuperado de mi estremecimiento inicial, preparado para valerme por mí mismo, me decía: «Tienes el desayuno en la cocina; ahora no te tires media hora para vestirte, ¿eh? Tienes que acostumbrarte a levantarte más temprano». Yo, resignado, asentía con la cabeza; pero, al instante, cuando ella ya se estaba levantando del borde de mi cama, un escalofrío de pavor me arrancaba la siguiente frase de la boca: «Mami, no quiero ir al colegio. Por favor, no me obligues a ir». «¿Otra vez con lo mismo? ¿Pero qué diantre te pasa últimamente con la escuela?», me preguntaba. «No lo entiendo, con lo buen estudiante que eres y, ahora, de repente, te da por no querer ir al colegio. ¿No te lo pasas bien? A tu edad yo me lo pasaba pipa en el cole. ¿Es que tienes algún problema?». «Me aburro muchísimo. Prefiero ir a leer a la biblioteca del señor Luis». «Tienes tiempo para las dos cosas», me decía entonces mi madre. Y yo refunfuñaba como un niño caprichoso y malcriado: «¡Jo, mami, déjame que me quede hoy en la cama! Venga, porfa». «Déjate de pamplinas y levántate ya; no hagas que me enfade de buena mañana», me advertía mi progenitora, destapándome por completo y sentándome en el trozo exacto del borde de la cama que, hacía apenas unos segundos, había ocupado ella; y entonces me decía –ahora sí visiblemente malhumorada–, a la vez que su dedo índice se acercaba y se alejaba de sus labios, que quería verme vestido en menos de cinco minutos. Yo, que sabía que no hallaría forma alguna de convencer a mi madre, me sentía desvalido, descorazonado, cuando ella desaparecía por la puerta de mi cuarto y dejaba dentro la estela de su autoridad. Aunque esa desagradable sensación no era comparable a la que me asaltaba cuando, recuperada la intimidad, me desprendía del pijama y contemplaba, por debajo de los ceñidos calzoncillos, el ensanchamiento excesivo de mis muslos –rollizos, atocinados– y, por encima de éstos, la pronunciada caída de mi voluminosa barriga; en definitiva, todos esos michelines que atestaban mi cuerpo. Me apresuraba entonces a cubrir aquellas adiposidades odiosas con la ropa que, la noche anterior, había dejado preparada en el respaldo de la silla de mi escritorio. Y puedo afirmar que esto aliviaba bastante mi martirio (porque lo era, del mismo modo que lo era tener que ir al colegio), si bien es cierto que, aunque mis ojos ya no sufrían la visión de aquel espectáculo calamitoso, el retrato de mi cuerpo perduraba durante algunos minutos en mi memoria, aguijoneándome el corazón de la autoestima hasta que, como todo lo efímero, terminaba por evaporarse.

En la cocina –recoleta y austera– me bebía la leche y devoraba, no sin cierto sentimiento de culpa, las tostadas de mermelada que mi madre me había preparado con esmero; y, muchas veces, no satisfecho con esto, destapaba el bote de la mermelada y metía mis zarpas de osezo glotón entre el mejunje (atrás quedaba el recuerdo de mi cuerpo desnudo). Pero no comía atropelladamente (por mucho que la gula me tentara a hacerlo), sino que me demoraba, intencionadamente, en cada una de las fases del ritual del desayuno: dejaba caer mi aliento sobre la leche mulata y la removía con la cuchara; no dejaba de soplar y de moverla hasta que la emanación de vapor remitía y el cristal del vaso se enfriaba por completo; solo entonces introducía, en aquella leche amestizada por la química, una pajilla –con ribetes de colores– que me permitía sorberla poco a poco, delicadamente, con meticulosidad de aristócrata; entre sorbo y sorbo –mejor dicho: entre sorbito y sorbito–, mi lengua recorría, una y otra vez, la superficie de las tostadas erosionando la capa de mermelada que las hacía tan apetecibles; cuando concluía el *striptease* de las rebanadas (a esas alturas ya me había bebido la mitad de la leche), pegaba mis labios a sus cuerpos desnudos y succionaba la última ración de compota, la que se había quedado atrincherada entre sus poros; seguidamente –esta era la parte más larga y tediosa–, despedazaba las rebanadas como lo haría un ratón de despensa: mediante mordiscos breves y escuetos; y, finalmente, como si fuera un pequeño rumiante, las masticaba y formaba con ellas un bolo alimenticio que tardaba mucho tiempo en ingerir (todo el que me permitía mi madre, que variaba según la ocasión). Y no es verdad que yo fuera un maniático –como podría deducirse de esta morosidad excesiva de movimientos– ni que el simple acto de comer me produjera un placer tan grande como para pretender dilatarlo hasta la exageración. De ningún modo. En realidad, mi alma de chiquillo aterido deseaba, más que comerse aquellos succulentos manjares, comerse los minutos a grandes tarascadas, pues, de lo contrario, me habría zampado el desayuno en un santiamén, sin contemplaciones ni demoras, del mismo modo que hacía con el almuerzo, la merienda y la cena. A fin de cuentas, todo lo hacía –permanecer largo tiempo en la cama, discutir con mi madre, vestirme con lentitud, degustar el desayuno parsimoniosamente– para retrasar mi salida de casa y llegar tarde al colegio. Desde que me despertaba, mi único objetivo era –un objetivo que, con el tiempo, se tornó inconsciente, automático– el de no salir de aquella casa que me protegía. Porque en ella estaba todo lo que yo, a mis nueve o diez años, necesitaba (con más edad no lo consideraría suficiente); porque en ella podría crearme un *Aleph* –en la grieta del azulejo más cercano al mango de la nevera, por ejemplo– que contuviera todos los mundos exteriores de los que mi reclusión me privaría; porque en ella no llegarían a tocarme los esputos de la crueldad, que se topaban con las ventanas bajadas, mientras yo, arrogante, sonreíría detrás de los cristales.

Mientras desayunaba, sentado en un taburete de madera carcomida, apoyados los codos en una mesa que imitaba torpemente el mármol, mi cabeza giraba sobre el eje de mi cuerpo y se iba deteniendo, durante más o menos tiempo, en la contemplación de las acuarelas –pintadas por mi madre– que colgaban, distribuidas de una forma puramente funcional, de aquellos azulejos que estaban más desgastados o agrietados. Eran retratos imperfectos, desgarbados, desaliñados; pero en esa defectibilidad radicaba, precisamente, su belleza. (Del señor Luis aprendí que, en la mayoría de los casos, una obra de arte incólume, sublime, además de ser antiestética, resulta artificial y falsa, pues está más cerca del ideario divino que del mortal; aprendí, por tanto, que la única obra de arte legítima es aquella que permanece impura, inconclusa). No sé, de todos modos, si su peculiar belleza nacía de mi mirada –que idealizaba todo lo que mi madre tocaba– o si, por el contrario, se trataba de una belleza intrínseca, independiente, con luz propia, que viajaba de las acuarelas a mis ojos y no de mis ojos a las acuarelas. En cualquier

caso, aquellos trazos desvaídos me subyugaban. Y, además, la observación minuciosa de días anteriores no hacía monótona su belleza, no la desgastaba; todo lo contrario: yo descubría, en todas y cada una de las expediciones de mi mirada, detalles nuevos que venían a sumarse a los ya conocidos; y, entre todos, renovaban mis sensaciones y me procuraban un conocimiento permutable de cada retrato, un conocimiento que mudaba su piel en cada sesión. Así, cuando ya había explorado yo todos los recodos de la superficie de las acuarelas, cuando ya las había vislumbrado desde todos los ángulos posibles y me parecía, por tanto, que aquellas coloridas estampas habían perdido todo su jugo, entonces era capaz, para mi regocijo, de adentrarme en los poros de las telas – nuevos microcosmos con infinitud de detalles por descubrir– e, incluso, de traspasar sus capas y de escrutar el esqueleto –el primer trazo dibujado con carboncillo– de aquellos objetos y paisajes que, si bien habrían sido considerados planos por una mirada inexperta, eran, bajo mi escrutinio, tridimensionales. Nunca me cansaba, pues, de admirar los cuadros –huellas del modesto arte de mi madre– que tapaban los azulejos más desgastados y agrietados, ya que mostraban mundos de una profundidad infinita que, cada día, renovaban mi placer.

Por otra parte, la contemplación de aquellos lienzos resplandecientes de luz – símbolos de la felicidad que me proporcionaba el hogar– me traía a la memoria, inevitablemente, aquel otro lienzo oscuro y traumático –emblema de uno de los grandes terrores que poblaron mi primera infancia– que, por encima del espejo del tocador, pendía de una de las paredes de la habitación de mis padres. En primera instancia, mi madre lo ubicó al final del pasillo, a medio metro de distancia de la entrada del salón (bueno, saloncito), con lo cual yo podía verlo, desde la cocina, todas las mañanas mientras desayunaba. El paisaje que reproducía –gótico, oscuro, opresivo– me horrorizaba, me helaba la sangre, me espesaba la saliva, me cortaba la respiración, me revolvió las entrañas, me producía escalofríos y un leve castañeteo de dientes. Había algo en ese cuadro, al margen de la tenebrosidad que lo envolvía (no había pasado de la fase del carboncillo), que cobraba para mí un significado completamente distinto, con toda seguridad, al que le había otorgado mi madre; el cuadro me arrojaba, a discreción, viperinos mensajes subliminales que suscitaban, en mi interior, una larga lista de sentimientos y sensaciones: odio, miedo, pavor, inseguridad, tristeza, repugnancia, dolor, frío, abandono...; y estos sentimientos y sensaciones, todos juntos y revueltos, se apelotonaban en la boca de mi estómago y se alimentaban de mis más recónditas frustraciones. La imagen que el cuadro reproducía –la de un sendero neblinoso que moría a los pies de un lóbrego castillo cuya puerta principal estaba custodiada por dos centinelas de expresión proterva– era (ahora lo sé, ahora que regreso por enésima vez al pasado) una macabra alegoría. El caso es que le hice saber a mi madre, con pataletas y llantos, mi sentimiento de hostilidad para con el cuadro; le hice saber, explícitamente, que lo consideraba la oveja negra de su rebaño artístico; y le rogué, con más pataletas y llantos, que lo despedazara, que lo quemara, que lo destruyera y que me colmara, así, de alivio. Pero ella, en lugar de satisfacer mi capricho (aunque más que un capricho era una necesidad), aprovechó la circunstancia y trasladó el objeto de mi pavor al lugar que aún hoy sigue ocupando: a su habitación. Esta inteligente maniobra me vedó el paso, en lo sucesivo, al nido conyugal de mis padres, y preservó, consecuentemente, su intimidad – esa que los chiquillos, atenazados por una pesadilla de la que acaban de despertarse, transgreden en plena noche, penetrando entonces en otra pesadilla de cuerpos entrelazados, sudorosos y jadeantes, la cual, por la identidad de sus protagonistas y la ininteligible bestialidad de su comportamiento, es más terrible y traumática que la anterior. Así que yo, por lo menos, no formé parte de esa caterva de desafortunados

chiquillos que ven protagonizar a sus padres una de esas escenas lúbricas de las películas de tres rombos. Sí, mi madre obró con acierto: mató dos pájaros de un tiro.

De modo que siempre había, durante el desayuno, algunos segundos de la totalidad del tiempo que yo me esforzaba en dilapidar consagrados a la rememoración del cuadro que, no hacía mucho, colgaba de la pared del pasillo; eran, eso sí, segundos fugaces, segundos que no dolían, segundos de una obsesión que se iba atemperando. Casualmente, ese instante solía coincidir con la segunda injerencia de mi madre en la telaraña aislante que yo iba tejiendo, con las hebras de mi imaginación, desde que me despertaba. Su voz quebrada profería, desde el saloncito, un grito interrogatorio adelgazado de decibelios: «¿Has terminado ya, Marcos?». Yo no contestaba; me aliaba con el silencio y esperaba la siguiente acometida de mi madre, que, con respecto a la anterior, ganaba en contundencia: «¡Quieres terminar de una vez, que se te va a hacer tarde!». Pero yo, para perder más tiempo, seguía sin contestar, aunque era perfectamente consciente de que, si perseveraba en mi rebeldía, terminaría ganándome un par de cachetes. «¡Como tenga que ir a buscarte te vas a enterar! ¡Ya me estoy cansando de la misma historia todos los días! ¡Ya verás cuando venga tu padre el domingo!». La irritabilidad que se iba apoderando de mi madre me dolía, ciertamente, más a mí que a ella, ya que era yo el que, injustamente, la alimentaba; me sentía terriblemente culpable de originarle, a la persona que más me quería en este mundo, un estado de comezón y malhumor que ya le duraría todo el día; ella no se merecía ese trato, no se merecía que yo me comportara como un niño malcriado, que le faltase al respeto, que traicionara vilmente su confianza, que me aprovechara de su indulgencia; pero no me quedaba más remedio: el miedo, el terror a lo que me esperaba tenía más fuerza que los remordimientos (el eco de nuestras desgracias siempre hace mella, aunque sea indirectamente, en las personas más cercanas a nosotros). Así que cuando ella aparecía por la puerta de la cocina, iracunda, con un bolígrafo descuartizado entre las manos (mi madre invertía las mañanas en el montaje de bolígrafos y estilográficas que le pagaban a media peseta la unidad), yo agachaba la cabeza, compungía el semblante y me preparaba para el chaparrón: «¡Míralo, pensando en las musarañas como siempre, el muy gandul! ¿Te parece bonito lo que haces? ¿No me vas a contestar? ¡No agaches la cabeza! ¡Que no agaches la cabeza, te he dicho! ¡Contéstame!, ¿te parece bonito?». En algunas ocasiones, yo le pedía disculpas a mi madre y seguía, abnegado, sus indicaciones; pero, en otras, carraspeaba, me restregaba los ojos llorosos con los puños del jersey, la miraba fijamente y, aprovechando que su expresión fluctuaba entre la ira y la ternura, le decía: «¡No quiero ir al colegio! ¡No quiero, no quiero!». «Esto no puede continuar así, hijo; ya eres mayorcito para darme estos berrinches que me das. ¡Al colegio ahora mismo si no quieres que te caliente! ¡Vamos! ¡Espabilate de una vez, que estás atontado!». Estas palabras reprobatorias iban acompañadas de varios collazos (pescozones suaves, en todo caso, que me provocaban un dolor más psicológico que físico), tras los cuales era yo incapaz de controlar la angustia que me subía desde el estómago hasta la garganta; incapaz de atajar el desbordamiento de mis lagrimales y de prorrumpir, consecuentemente, en un llanto estridente. Desesperado, me tiraba al suelo y me agarraba a las piernas de mi madre, para cobijarme, seguidamente, bajo su falda, ese cucurucho coronado por un triángulo oscuro que olía a frutos secos y a fertilidad (estas analogías las hago ahora, ya que, a esa edad, *aquello* no era más que una cúpula como la de las iglesias: un lugar sagrado); me adhería, como una enredadera, a sus piernas tapizadas de varices, y, con la esperanza de que se me otorgara una estancia indefinida bajo aquel cielo protector, las ungía con mis lágrimas, cada vez más abundantes y oleaginosas. Mas no tardaba mucho en ver truncadas mis expectativas de asilo, porque las piernas de mi malhumorada progenitora

me sacudían alternativamente (yo me trasladaba de la una a la otra) hasta que, después de muchos esfuerzos, lograban zafarse de mis zarpas de koala obstinado. Entonces me dejaba tirado en el suelo, para que me peleara con las baldosas, y se iba a mi habitación, de donde regresaba, casi al instante, con la bufanda, el anorak y la cartera verdinegra – en la que había zurcido un retrato facial de Bastian, el protagonista de la *Historia Interminable*– que me había regalado el señor Luis en mi último cumpleaños. «¿Has metido todos los libros?», me preguntaba inquisitivamente mi madre. Y, aunque para entonces mi llanto había remitido y, por tanto, yo me encontraba en disposición de responder, en lugar de hacerlo esbozaba una sonrisa amarga y me encogía de hombros. Yo sabía que me estaba portando mal, que mi padre se peleaba con el traicionero mar y mi madre con los bolígrafos para costearme una educación que, desde su punto de vista, yo me esforzaba en desaprovechar (a pesar de mis excelentes resultados académicos); por eso, en aquellos dramáticos momentos en los que me veía despreciado en mitad del suelo de la cocina, me daban ganas de gritarle a mi madre los verdaderos motivos de mi traición como hijo, pero la vergüenza, el miedo, no sé qué, me lo impedían. «¡Qué asco de niño, Dios mío! Vas listo si te crees que te vas a salir con la tuya. ¡Tú te vas ahora mismo al colegio como que yo me llamo Aurora!», berreaba mi progenitora mientras miraba, en la agenda escolar –para asegurarse de que no faltaba ningún libro ni cuaderno de ejercicios en mi mochila–, la relación de asignaturas que me impartirían esa mañana. Acto seguido, metía el almuerzo que me había preparado en un bolsillo interior de la cartera y, agarrándome por las axilas, me ponía en pie. Tras enjugarme las lágrimas con una esquina replegada de su delantal, me guarnecía con el anorak y la bufanda y me colgaba el fétetro de sabiduría a la espalda, que, pese a la protección que me brindaban mis atavíos, se me clavaba en la piel como las tachuelas de un cristo. Sacaba entonces un peine del bolsillo del delantal, lo metía debajo del grifo del fregadero y, tras sacudirlo, me dividía el pelo en dos crenchas perfectas que me conferían un aspecto de empollón repipi. Finalmente, me embadurnaba la cabeza, el cuello y las manos con una colonia barata que, mucho antes de que yo alcanzara la entrada del *lóbrego castillo* que había pintado mi madre, ya alertaba a los *centinelas* que la custodiaban de mi inminente llegada.

Cuando –asido por la mano conductora de mi madre– entraba en el pasillo, comprendía que ya no había marcha atrás, que, una vez más, había fracasado en mi intento de postergar, para otro día, el inmerecido ritual de humillaciones e instigaciones que me había deparado ese cuervo maligno llamado Destino. Cuatro metros de negras y blancas baldosas –estrecho tablero de ajedrez por el que deslizaba, bajo las órdenes de la reina, mis pies de peón condenado– me separaban de las tres cerraduras que sellaban la puerta que me abocaría al otro lado del espejo y de la única fotografía –que reposaba en una pequeña estantería por debajo del contador de la luz– que me permitía reforzar el vago recuerdo que tenía de mis abuelos maternos. A medida que avanzábamos (mi percepción ralentizaba los pocos segundos que tardábamos en cubrir el trayecto), yo iba columbrando, con más lujo de detalles, la susodicha fotografía, y desgranando, a la vez, la información que había recopilado, a lo largo de mi breve existencia, sobre mis abuelos maternos. Solo los había visto en persona en una ocasión: el día de mi sexto cumpleaños se presentaron en casa por primera y última vez. Con los retazos de algunas de las conversaciones que mantuvieron los cuatro adultos (mientras yo fingía montar el puzle que mis abuelos me habían regalado), con otras conversaciones esporádicas que sostuvieron mis padres en lo sucesivo y, finalmente, con las respuestas que recibieron algunas de las preguntas aparentemente ingenuas que yo les fui formulando a mis progenitores a lo largo de los tres o cuatro años posteriores a aquel día, yo me había fraguado una idea superficial de la clase de relación que mantenían mis padres con mis

abuelos maternos: una relación de odio y rencor. Si hago hincapié en esto es porque, cada mañana, la contemplación de la fotografía –que era la llave de acceso a un secreto celosamente guardado– hacía que me olvidara, aunque fuera por poco tiempo, del *castillo lóbrego* al que me dirigía. «Mamá y papá nunca hablan de los abuelos. Ellos no llaman. No se llevan bien. Se odian. ¿Por qué no quitan entonces su fotografía de ahí?», pensaba a veces mientras atravesaba el pasillo. (Ahora comprendo que debía estar ahí para que yo la viera, para que yo indagara, para que yo me convirtiera, con el tiempo, en una puerta abierta a la reconciliación). Así que, en ocasiones, una vez que mi madre desbloqueaba las cerraduras y abría la puerta, antes de que me diera el empujón que me abocaría al rellano, yo acariciaba la fotografía, escrutaba la cara de mi madre y a punto estaba de formularle la pregunta del millón; pero el frío aliento que exhalaba el otro lado del espejo, ya frente a mis ojos, resucitaba mis preocupaciones prioritarias y enterraba aquella otra secundaria de la fotografía. Entonces mi madre me advertía: «¡Que no me entere yo de que no vas al colegio! ¡Ni se te ocurra hacer pellas! ¿Estamos?». Y, antes de que me diera tiempo de asentir con la cabeza, me veía abandonado en el rellano, acompañado únicamente por el hormigueo de la corriente eléctrica, que ponía música de fondo a la escena de mi destierro.

SEGUNDA PARTE

El camino de la playa –que abarcaba, con su brazo de media luna, más de un kilómetro de edificios– era el más largo, el más idóneo para mis propósitos de demora; y, además, el más bello (aunque se trataba de una belleza sucia) y sugerente. Por estas razones, en cuanto salía de casa, después de comprobar que mi madre, que se asomaba al balcón para despedirme, ya se había metido de nuevo en el piso, en lugar de cruzar la calle por el desdibujado paso de cebra para seguir, a continuación, por el camino más corto, ascendía por la acera que daba acceso al paisaje marino. A unos cincuenta metros, me detenía enfrente del escaparate de la pastelería de la señora Patro y, pegando mi frente al húmedo cristal, me atiborraba los ojos –mientras el paladar sufría– de aquellas milhojas, merengues, brazos de gitano, tartas de queso y tartas de manzana que, en el interior del transparente frigorífico, ensayaban su particular coreografía de seducción; una seducción que, por un momento, despertaba mi instinto de cerdito glotón y que, por consiguiente, hacía que me rebullera la saliva en la boca; hasta tal punto me debilitaba la voluntad, que yo me echaba mano al bolsillo del pantalón y, tras acariciar la moneda de veinticinco pesetas que, dentro de un cuarto de hora, me tendría que servir de salvaguarda, me llegaba a plantear la posibilidad de gastármela en alguna de aquellas porciones de cielo; pero pronto el temor a las represalias, a las funestas consecuencias que se derivarían de acción tan imprudente, me borraba la idea de la cabeza; entonces dejaba escapar un suspiro de resignación –que trazaba, de una sola vez, un imperfecto círculo de vaho en el cristal– e, inmediatamente, continuaba mi camino. Pasaba, sin detenerme, por delante de la panadería y de la tienda de artículos de pesca; y, al llegar a la altura del economato, giraba a la derecha, cruzaba la carretera y encauzaba el estrecho camino de grava que separaba el asfalto de la arena de la playa. De hecho, al girar a la derecha, lo más práctico era continuar por la acera del Club Náutico, pero yo prefería el camino de grava, pues entorpecía mis pasos y, como colofón, me desplegaba, paralelo a él, un paisaje bello, violento y desolador en el que el crujir de las olas y el borboteo de la espuma eran los destacados protagonistas.

A lo largo del primer tercio del camino estaban diseminados, junto a la orilla de la playa, los pescadores de caña, cebando algunos sus anzuelos, montando otros sus equipos, *desanzuelando* una pieza –¡cómo brillaban las escamas de la lubina!– los más afortunados, desenredando marañas de hilo los más torpes y charlando entre sí los más despreocupados. Observándolos, me resultaba difícil comprender por qué aquella actividad, que exigía levantarse con el alba y que solo daba sus frutos por dictamen del azar –aunque esto último no es del todo cierto–, despertaba la fervorosa y recalcitrante devoción de tantas personas. «¡Qué pandilla de locos, con el frío que hace!», pensaba mientras me resguardaba la cara de la helada brisa marina con el cuello enhiesto de mi anorak. Si no lo comprendía era porque yo, por mediación de la figura de mi padre, había aprendido a asociar la pesca –en la amplia extensión del término– con un oficio que, además de estar mal remunerado, resultaba tedioso y fatigoso para todo aquel que lo ejercía. Sin embargo, tras pasado el ecuador de mi adolescencia yo sería víctima de su hechizo, de tal modo que la opinión que tenía de la pesca cambiaría por completo.

El segundo tercio de la playa se constituía en un intrincado laberinto de enormes hierros oxidados que, apoyados unos sobre otros o clavados en la sucia arena, conformaban un vasto campamento de celdas obtusas y desiguales, espacios gratuitos donde dormían los indigentes y se pinchaban los heroinómanos, donde se perpetraban violaciones cuando la noche teñía el cielo de negro y daba rienda suelta a sus fieras. De toda aquella miseria y corrupción era yo consciente porque estaba en boca de todos, porque formaba parte del conocimiento colectivo, porque era visible y palpable, porque monopolizaba un fragmento del paisaje marino de mi primera infancia y, por tanto,

suponía para mí un testimonio fidedigno, de primer orden, que, como a todos los niños de mi distrito, me esquilmba la inocencia y, en definitiva, me envejecía.

Una de las escenas más demoledoras que me ha deparado la vida me la suministró, una de aquellas mañanas de invierno, aquel amasijo de hierros y perversión: iba sumido en mis pensamientos, atenta mi mirada a los guijarros del suelo, cuando unos gritos desesperados llegaron a mis oídos. Inmediatamente, giré la cabeza en dirección a la playa y clavé los ojos en dos personas –hombre y mujer– que yacían en la arena a escasos centímetros del amasijo de hierros: el hombre sujetaba la cabeza de la mujer, la zarandeaba y, al mismo tiempo, le suplicaba, con escandalosos sollozos, que se despertara. Asaltado por la curiosidad, en un impulso temerario, entré en la sucia arena y me acerqué a la atípica pareja. Cuando llegué a su altura, el hombre, que no reparó en mi presencia, comenzó a abofetear duramente a la mujer, que parecía desmayada. Entonces me fijé en la palidez de su rostro, en el intenso color morado de sus labios, en la espuma amarillenta que brotaba de sus comisuras y, por último, en la jeringuilla que tenía clavada en el gozne del antebrazo, abarrotado de venas como culebras de agua. Espantado, tropecé con mis propios pies y me caí de culo. Al momento llegaron, a toda prisa, un par de barrenderos –los identifiqué por el uniforme naranja– que, en primer lugar, me expulsaron de allí a gritos; y, en segundo lugar, trataron de auxiliar, seguramente en vano, a la heroinómana desflorecida.

No obstante, aquellas escenas macabras no solían atosigarme con demasiada frecuencia mientras consumía aquella parte del camino de la playa. Por el contrario, la leve tortura a la que me sometía la última parte del camino se repetía todos los días: me veía obligado a apretarme la nariz con los dedos para que no penetrasen, en mi blanco organismo, los olores fétidos que, utilizando la brisa marina como conducto de dispersión, provenían del canalizo de aguas estancadas –perpendicular al serpenteado rompeolas– que nacía en la boca del desagüe de una gran alcantarilla y moría, desafortunadamente, en la infecta orilla de la playa. Decían los rumores (probablemente infundados) que aquellas aguas hediondas transportaban, diluidas con otras sustancias fecales, las vísceras y la sangre de los gorrinos que se degollaban en el matadero: tropezones de rosada carne que, sorbidos por el ir y venir del agua de la playa, servían de alimento –porque del cerdo todo se aprovecha– a la creciente legión de peces carroñeros, entre los cuales, según decía mi padre y la gente de su oficio, había incluso tintoreras y otros escualos menores que, atraídos por el reclamo de la sangre, se acercaban a la orilla desde aguas de mayor calado. De modo que yo, para rehuir las náuseas y no prorrumpir en vómitos, recorría los últimos trescientos metros a paso ligero, taponándome la nariz y respirando por la boca. Y, cuando llegaba a la fuente de piedra –donde, a veces, una gitana lavaba los trapos sucios– que marcaba el final del sendero de grava, echaba un último vistazo al *Gran Oscuro* (lo de *Gran Azul*, término que he empleado anteriormente, no es más que un anacronismo de la memoria, ya que el mar de mi primera infancia era negro y enfermizo) y le rogaba que, como todas las semanas, me devolviera sano y salvo a mi padre. Entonces cruzaba la carretera y encaminaba mis pasos por el adoquinado Paseo Nacional.

A partir de ahí, la realidad se transfiguraba: las nubes se aglutinaban en el cielo y, como una masa homogénea y voluble, descendían con la parsimonia de una pluma defenestrada; envolvían mi entorno adoptando la forma de una cúpula neblinosa que, impermeable a la claridad del día, bosquejaba, enfrente de mí, un túnel con un fondo incierto. El sendero que brotaba bajo mis pies, perfectamente delineado por una frondosa vegetación en sus márgenes, estaba salpicado de pequeños y crujientes matorrales. El viento, acompañado por las voces de la fauna, era el solista de la sinfonía errante de aquella jungla que había pintado mi madre. Yo avanzaba lentamente, en

guardia, agarrándome a las asas de la cartera, consciente de lo que me esperaba al final de aquella senda. De cuando en cuando, asaltado por una injustificable incertidumbre, me metía la mano en el bolsillo del pantalón y, dejando escapar un suspiro de alivio, palpaba la moneda de veinticinco pesetas que, la noche anterior, le había robado a mi madre de su hucha sin candado; latrocinio este que, con el mismo sentimiento de culpa de la primera vez, consumaba todos los días porque era el visado que me permitía cruzar la frontera y me eximía de la primera paliza del día. De manera que, desde que la niebla y la fosca se arremolinaban a mi alrededor hasta que, al final del túnel, se iban corporeizando las imágenes de dos agujas de piedra, yo me afanaba en salvaguardar, en la cárcel de mi puño, el regio medallón que para mí tenía un valor incalculable y que alcanzaba, en la vida de mi madre, un coste equivalente a los beneficios que obtenía del montaje de medio centenar de bolígrafos. A medida que me iba acercando al final del sendero, la claridad del fondo delineaba, como iba diciendo, dos agujas de piedra que no tardaban en transformarse en las dos torres gemelas de un lóbrego castillo pintado de betún, que desplegaba, por encima del foso de aguas habitadas, la lengua de su puente levadizo, y que acogía, al final de éste, a dos figuras espigadas (desde la perspectiva del crío de nueve o diez años que yo era) con cara de pocos amigos. Cuando abandonaba el sendero y daba el primer paso sobre el puente levadizo, echaba un vistazo al foso de ojos hambrientos y, después de reprimir una ráfaga de escalofríos que habría hecho peligrar la estabilidad de mi cuerpo, alzaba la cabeza y recorría, con la mirada, la imponente arquitectura del castillo; de todos sus ornamentos, el que más me llamaba la atención, por el fulgor artificial que desprendía, era un letrero situado en mitad del frontispicio en el que se leía: «Institución Escolar Avellaneda». Seguidamente, con la mano derecha en el bolsillo —el medallón aún en la celda de mi puño—, cruzaba el puente levadizo y me detenía frente a los centinelas, cuya fisonomía y complexión me recordaban, en buena manera, a las que J.R. Tolkien les había conferido, en *El Señor de los Anillos*, a los *orcos*. De todas las conversaciones que mantuve con ellos, solo recuerdo, someramente, la que trataré de reconstruir a continuación:

«Llegas tarde, gordinflón. Nos la vamos a cargar por tu culpa. Tenemos un control de matemáticas a primera hora», me reprendió el más corpulento de los dos, el que llevaba la batuta. «¿Es que pensabas que te ibas a librar? Eres un imbécil. Anda, ven aquí». «Lo siento mucho, de verdad. El despertador no ha tocado y, claro, se me ha hecho tarde», me disculpé yo retrocediendo, pues adivinaba en el rostro del *orco* dominante sus intenciones. «¡Te he dicho que vengas!», me repitió. «No, que me vas a pegar...», sollocé yo. «¡Como tenga que ir a buscarte te vas a enterar! ¡Y no llores, niño de mamá! Tío, tráemelo», le ordenó a su subordinado. «Anda, ven aquí, niñato de mierda». El segundo *orco* se acercó, me agarró de la oreja, retorciéndomela, y me llevó a los pies de su superior. Éste me dijo: «¿Tanto miedo tienes? Si lo tuvieras llegarías a tu hora». Se giró hacia su compañero y, con un tono de voz indulgente, le preguntó: «Qué te parece, ¿lo perdonamos por esta vez?». Y, antes de que su subordinado terminara de esbozar un gesto afirmativo, se giró hacia mí de nuevo y, con gran violencia, me estampó una bofetada en la mejilla que me hizo besar el suelo. «¡Ja, lo has dejado tieso, tío!», celebró el segundo *orco*, estrechándole la mano a su superior en señal de reconocimiento. «Pobrecito, el nene; se va a mear en los pantalones. Así aprenderás. Mañana, como llegues otra vez tarde, no seré tan bueno contigo. ¡Pero qué haces llorando, quejica! ¡Si ha sido una simple caricia!». El *orco* de mayor rango comenzó a patearme todo el cuerpo. «¡Levántate de una puta vez, bola de sebo!». Yo estaba demasiado atemorizado como para obedecer sus órdenes. De manera que fue él el que, agarrándome por las solapas del anorak, me levantó del suelo. «¡Mírame a la cara!». En cuanto lo hice (la bofetada ya había disuelto el disfraz eidético con el que yo

había camuflado mi entorno), me fueron reveladas las facciones de un preadolescente negruzco y repelado que lucía un conato de bigote bajo su nariz almendrada: era Rufo. Entonces alcé, imperceptiblemente, la mirada hacia el tosco edificio de tejado raso –que había perdido sus dos torreones– y, casi al mismo tiempo, miré de reojo hacia los lados, descubriendo, de una parte, el final del *Moll de la Fusta*; y, de otra, un manojo de edificios destartalados. «¿Has traído el dinero?», me preguntó el extorsionador. «Más te vale que lo hayas traído», añadió el otro. «Sí», contesté yo; y, a continuación, le supliqué: «Suéltame, por favor; me haces daño». En lugar de hacerlo, Rufo me echó las manos al cuello. «Dónde lo tienes». «En el bol... sillo del panta... lón». «¿En qué bolsillo!». «En el iz... quierdo». «Vamos a ver». Me metió la mano en el bolsillo y obtuvo lo que buscaba. «Aquí está. Así me gusta», me dijo, liberándome el cuello y dándome, después, un par de palmaditas en la cara. «Ya sabes, mañana otras veinticinco; ¿entendido?», me recordó el muchacho que permanecía pasivo. No le contesté. «¿No te oímos!», me gritó Rufo. «Es que no tengo más dinero», me excusé. «¿Qué has dicho?». El preadolescente de nariz almendrada levantó su puño. «Que sí, que sí, que os traeré más dinero». «¡Ah, pensaba! Eres un chico listo; un poco gordo y repelente, pero listo. Venga, ya te puedes ir». Apenas había dado dos pasos, cuando me agarró otra vez por el hombro y, simulando interés, me dijo: «Un momento, ¿cómo se encuentra tu madre? ¿Ya está mejor?». «¿Mi madre?», me extrañé yo. «Es que como el otro día tenía tan mala cara... Creo que me pasé un poco». «No te entiendo». «Ah, ¿es que no sabes que me follo a tu madre?». «¡Eso es mentira! ¡Retíralo!», reaccioné yo. «Va en serio. La muy guarra se pone de cuatro patas, como los perros; y yo, ¡pum, pum, pum!, me la follo de lo lindo, se la meto hasta el fondo; y, cuando ya me la he follado, la muy puta me la chupa. Pero, lo mejor de todo, chaval, ¡es que encima me paga!». «¡Ja, ja, ja! ¡Me parto, Rufo, yo es que me parto! ¡Qué bueno, tío, qué bueno!».

De todos los encontronazos que tuve con aquellos extorsionadores en ciernes, el que acabo de referir fue, sin lugar a dudas, el más cruel, el que me infligió heridas más profundas y duraderas, ya que, lejos de reducirse a un simple robo, se constituyó en una mezcla de violencia física y psicológica (en las ocasiones precedentes, la violencia psicológica había sido más suave), fruto de mi cada vez más acentuado retraso a la cita que, todas las mañanas, tenía concertada con aquellos aprendices de gángster que, una vez colmada su paciencia, optaron por darme un buen escarmiento. Y éste, que consistió en la degradación de la figura de mi madre –una figura que, como es normal en estas edades, yo tenía convenientemente idealizada–, despertó una legión de demonios en mi conciencia que acrecentaron mi sentimiento de culpa. Aunque yo estaba casi convencido de que mi madre no era una puta (si bien no tenía pruebas) y de que, de todos modos, en el caso de que se consagrara en la clandestinidad a ese oficio, nunca se acostaría con un preadolescente desvergonzado con un conato de bigote bajo la nariz almendrada, no podía evitar imaginarme a mi progenitora adoptando una deshonesto postura: agachada, a cuatro patas; sus grandes pechos caídos apuntando hacia el suelo; su larga cabellera morena cubriéndole la cara como una cascada de petróleo; sus ojos mirando, a través del intersticio de sus pechos, el negro pubis que pronto sería mancillado. En esta postura ignominiosa me la imaginaba; asimismo, me imaginaba al diabólico preadolescente introduciéndole, en la ranura de su culo, la moneda de veinticinco pesetas que me había robado (quizá este detalle me lo imagino ahora y no me lo imaginaba entonces); y, acto seguido, mis ojos veían cómo Rufo, en cuanto las nalgas de mi madre se abrían como la concha de una almeja al percibir el calor de una lumbre, la penetraba –por el orificio ortodoxo– con una pichilla rojiza que, contra todo pronóstico, la hacía aullar de placer; Rufo la empujaba con violencia, palmoteándole el culo como si de un tamtan se tratase, insultándola y escupiéndole en la espalda. Así me